

Héctor Linares González y Marina Perruca Gracia (eds.). *Ceremonia, magnificencia y ostentación. la representación del poder de las élites en la edad moderna (siglos XVI-XVIII)*. Madrid: Sílex, 2022. 598 pp.

Autor

Centro  

<https://dx.doi.org/10.5209/rcha.95843>

Ceremonia, magnificencia y ostentación es la afortunada fórmula de términos elegida para este libro. Esto se debe a que son palabras capaces de transmitir el sentido de los principales instrumentos utilizados por las élites para consagrar, promover y manifestar su propio poder. Se trata, ciertamente, de un tema actual, especialmente si se consideran los estudios más recientes sobre el ceremonial y la lectura de las formas de representación del poder que tenían lugar en esas ceremonias, marcadas por precisos órdenes de roles y precedencias. Los espacios de las ceremonias eran verdaderas arenas en las que el *ethos* noble podía expresarse gracias a las representaciones con las que afirmaban su pertenencia, además de ser el lugar donde se hacían visibles las diferencias internas de un universo complejo.

En los teatros de las ciudades de la monarquía donde tenían lugar las ceremonias, se expresaban los rasgos de una aristocracia comprometida en los “concursos” de representación, durante los cuales se hacían evidentes las posiciones de cada actor social. Estos comportamientos se definen en el volumen como ‘estrategias nobles’, en relación con los mecanismos implementados por las élites para estructurar un diálogo con la corte regia a través del ejercicio de la representación del poder. Esta definición puede considerarse como la columna vertebral que sustenta el armazón del libro, en el cual, deliberadamente, el concepto historiográfico de élites se declina en plural. La perspectiva utilizada es la de la doble dimensión, vertical y horizontal, que permite abarcar los caracteres propios del universo de las élites de la monarquía española y de sus territorios, en el ámbito económico, social, político y de las diversas manifestaciones artísticas y culturales. Se nos muestra también un análisis centrado en el ejercicio del poder llevado a cabo por mujeres en su papel de agentes de prácticas y estrategias políticas. Las formas de ‘distinción’ llaman a considerar los análisis llevados a cabo por Pierre Bourdieu, presentadas bajo distintas claves de lectura, en una imagen que podría adoptar la forma de un prisma. A cada cara de la figura le corresponde un aspecto del universo nobiliario con el fin de exaltar cuántas y de acuerdo con qué parámetros se han estructurado las prácticas plurales de la distinción. Vemos, pues, una política interdisciplinar no solo evocada, sino explícitamente detallada que parte de la propia estructura del volumen.

El análisis se inicia con una aproximación al universo de las élites napolitanas de Isabel Enciso Alonso-Muñumer y al diálogo que se estableció entre la monarquía y uno de sus reinos, en una fase particularmente delicada, la de los años cuarenta del siglo XVII. El estudio revela la dialéctica de la relación entre el centro y las “periferias” a través de la lente de la pluralidad de los lenguajes y de las prácticas de lealtad expresadas a través de dos actores: el príncipe de Bisignano y el duque

de Nocera, pertenecientes a dos de los linajes más importantes del reino. Ambos representaron dos parábolas de lealtad a la monarquía con resultados, en parte, diferentes. El primero era un noble feudal; el segundo, en cambio, era emblema de transnacionalidad de una élite al servicio de la monarquía. Son dos personajes que nos hablan de las prácticas del diálogo y de la lealtad a la corona, pero también de los desacuerdos dentro de la nobleza napolitana, particularmente activa. El resultado es una imagen polícroma de un mundo noble altamente complejo en su interior y siempre orientado a obtener las distinciones que consagraran la lealtad a su rey.

Para profundizar en el análisis de este mundo complejo, se incluye el trabajo de Rocío Martínez López, que constituye una mirada necesaria sobre las prácticas de sucesión femenina, más evidentes si se leen a la luz de los particularismos jurisdiccionales que marcaban cada territorio de la monarquía. Las leyes sucesorias, lejos de ser un paradigma fijo, se muestran a lo largo de las páginas como un elemento plástico, cambiante y constantemente en el centro del debate; un debate que en el capítulo abarca un amplio arco cronológico capaz de vincular el Antiguo Régimen con las cuestiones que continúan alimentando las polémicas contemporáneas.

Bajo el signo de la distinción y la representación se mueve Héctor Linares, presentando un estudio sobre un tema clave del mundo noble del Antiguo Régimen como es el de las Órdenes Militares, con la ceremonia de elección de los caballeros Trece de la Orden de Santiago. Se trata de un acercamiento al mundo barroco con los símbolos de un universo que confiaba al ritual la potencia expresiva de la pertenencia sagrada a una Orden. Bajo el signo del simbolismo del rito también se mueve el ensayo de Marina Perruca, con un tema de gran fascinación y fuerte potencia expresiva. El escenario es la Nápoles del siglo XVII y el funeral de la princesa de Stigliano, Anna Carafa. Un caso singular, el de Carafa, virreina y titular de un feudo en el Reino. Se manifiesta con fuerza el tema del simbolismo del poder, poderosamente relacionado con el tema de la muerte. El razonamiento se disuelve con naturalidad en la disputa que surgió después de esta ceremonia, que tuvo como resultado fuertes e interesantes repercusiones en la tradición jurídica de la época.

De conflictos nos habla también Alfredo Chamorro, recordando las primeras líneas de esta reseña y narrando los 'incidentes' que podían ocurrir durante las ceremonias, como los ocurridos durante las visitas de cortesía en el Reino de Mallorca. El ejemplo de la controversia surgida entre la autoridad civil y la eclesiástica se muestra como un juego de fuerzas entre estas autoridades, con el mérito de profundizar en el aspecto de las disputas en el contexto representativo, revelándonos así, una vez más, el aspecto dinámico de los agentes sociales y de las ceremonias como escenario de afirmación de derechos de precedencia en disputa y que eran reivindicados.

Cierra la primera parte del volumen la contribución de José Antonio López Anguita, en línea de continuidad con la senda trazada por los análisis anteriores. El objeto de investigación es María Gabriela de Saboya, la reina extranjera, primera esposa de Felipe V. La creación de la imagen pública de una reina se vincula a una de las fases de mayor inestabilidad política de la monarquía, la Guerra de Sucesión, cuando las imágenes y los símbolos representaban el medio más poderoso de intervenir en la percepción de la realeza e, incluso, de modificarla. Así, en palabras del autor, "a través de los gestos y discursos que protagonizó inmediatamente después de su llegada a España, la reina exteriorizó las virtudes y valores que se esperaban de ella en calidad de consorte: piedad, caridad, generosidad, afabilidad y abnegación. Semejantes cualidades remarcaban en último término la ejemplaridad de su condición y tendieron a vertebrar un perfil institucional de María Luisa que, en ciertos momentos, se superpuso a las características de su propia personalidad". La imagen del poder y el poder de los símbolos toman forma a través de la creación de la imagen de María Gabriela.

El concepto de 'representación', ya evocado en el propio título del libro, debe entenderse en el doble sentido de la materialidad e inmaterialidad de las formas. Las manifestaciones materiales del poder no solo eran medios expresivos, sino que además encarnaban el poder mismo del individuo o del linaje al que pertenecían. El capital material de la familia incorporaba en sí mismo su valor simbólico, o, dicho de otra manera, su significado en conjunto. De esta cuestión nos habla Miguel Ángel Zalama a partir del caso de la dilapidación del 'tesoro' de la reina Juana I de Castilla, utilizado por varios familiares para solucionar situaciones de deuda o para invertir

en negocios de guerra. Así, se muestra el valor del capital, pero también el “otro” rostro de una nobleza que, más allá de la aparente ostentación, vivía enormes problemas de endeudamiento.

De símbolos y ‘representaciones de la memoria’ habla Sergio Bravo con la imagen de la emperatriz Isabel de Portugal, esposa de Carlos de Austria. El mito de la emperatriz estaba sustentado por la belleza, la dedicación al cónyuge y el modelo de su ejercicio del poder regio. Además de todo esto, en el proceso de construcción de la imagen de esta reina, un papel clave fue el mito de la conversión de san Francisco de Borja. Estos fueron los elementos esenciales que caracterizaron el mito de Isabel y que la convirtieron en un modelo regio de virtud.

Por su parte, Arianna Giorgi nos muestra un aspecto más concreto de la representatividad, como son los trajes como herramientas de representación social. El vestuario transmitía lenguajes específicos capaces de representar, modificar o redefinir la imagen del individuo, como nos demuestra el caso de Fernando de Valenzuela, en el que el traje fue fundamental para redefinir su imagen ‘pública’. La materialidad, después de una fase de letargo, vuelve a ser un canal privilegiado de observación de prácticas, estrategias y comportamientos.

Los inventarios y los protocolos notariales vuelven a ser relevantes porque son capaces de responder a interrogantes nuevos e importantes. Es Bárbara Zepeda quien, gracias a los inventarios, reconstruye el gusto estético y la vida material de José de Gálvez, visitador general de la Nueva España en el siglo XVIII. Los objetos y la ropa se convierten en expresión clara de la voluntad del visitador de construir y representar, también en este caso, el rostro público de su imagen. También hacia las fuentes nos traslada Judit Gutiérrez de Armas, con un análisis de los fondos archivísticos familiares ubicados en las islas Canarias entre los siglos XVI y XIX. La autora propone una verdadera anatomía de las fuentes, una imagen capaz de mostrar el valor de la organización archivística como expresión de la fuerza del linaje.

Entre los modelos de ceremonia analizados también encuentran espacio las celebraciones nupciales. Y es Víctor Mínguez quien nos presenta el papel político de estos eventos, en el caso específico de las relaciones festivas de Nápoles y Sicilia para la boda de Carlos II y María Luisa de Orleans, inserta en una coyuntura política en ebullición. Esta situación fue capaz de influir y transformar la representación misma de la fiesta y la imagen del poder del monarca, tal y como estas ceremonias transmitían. En esta misma línea encontramos el análisis de Andreia do Céu Fontenete Louro, que examina las prácticas de representación puestas en marcha por Teodosio V de Braganza para mostrar la fuerza de su autoridad. Seguidamente, Valeria Patti nos lleva de vuelta a la materialidad del vestuario y nos descubre la función de la moda y, más concretamente, del gusto, como puente de conexión entre el corazón de la monarquía y sus territorios, con un enfoque dirigido hacia las élites sicilianas.

De estrategias de simbolismo trata después María José Zaparaín Yáñez y Juan Escorial Esgueva, enfrentándose a la compleja imagen del duque de Lerma en la fase crítica de su valimiento. La autora mira los símbolos de representación utilizados por Lerma durante la boda real de 1615. Sin duda, las entradas reales representan un punto de vista privilegiado para leer las prácticas a través de las cuales cada territorio exaltaba el poder regio. Un lenguaje expresivo que, en el caso mostrado por Isabel M.^a Lloret Sos, se observa en la entrada en Bruselas del infante Don Fernando de Austria, donde se nos revela otro aspecto de lo que podríamos llamar la pluralidad de los lenguajes expresivos. La segunda parte del volumen se cierra con el significado del fuego como elemento festivo a partir del caso de los ‘fuegos de artificio’ realizados para el matrimonio de Carlos IV con María Luisa de Parma, en una imagen de las llamas como figura clave del simbolismo.

Las imágenes y la retórica del poder, como en una parábola circular que nos lleva al principio de estas notas, están reservadas para los ensayos conclusivos del volumen. La recuperación del mundo clásico es la clave a través de la cual Inmaculada Rodríguez Moya lee el poder expresivo de las virtudes aristotélicas en la era barroca. Un tema fecundo para la historia del arte, pero también para la historia política y que continúa siendo muy sugerente a los investigadores, como en el caso mostrado. A la importancia de las fuentes jurídicas, como instrumentos de lectura privilegiados, se dirige Jaime Moraleda con un análisis de la representación de los linajes a través de este tipo de fuentes. La naturaleza misma de la fuente se presta a un tipo de lectura del

simbolismo religioso y político, capaz de legitimar con más fuerza a los miembros del linaje o al propio linaje.

El lenguaje artístico y el de la diplomacia papal, en particular la cardenalicia, se fusionan en el estudio de Ernst Kowalczyk con las exequias del rey polaco Segismundo II Augusto, celebradas en Roma en 1572. De ahí surgió un aparato ceremonial especialmente lujoso, resultado de la diplomacia regia entre el cardenal de Warmia y Alessandro Farnese, el conocido sobrino del papa Pablo III. El estudio del 'paisaje sonoro', un terreno menos practicado por especialistas y que rara vez encuentra lugar en análisis históricos, es abordado por Manuel del Sol con la ceremonia festiva con motivo de la translación de la imagen de la virgen de la Fuencisla que se llevó a cabo en Segovia en 1613. Se nos descifra el simbolismo de un evento en el que participaron, a nivel vertical, varios actores sociales en los que la música se convierte en elemento de unión de los distintos segmentos que participaron en la ceremonia. Finalmente, Mónica García Quintero analiza las representaciones de la Familia Real de Carlos II, destacando cómo las composiciones musicales, al igual que otras formas artísticas como los retratos, eran capaces de transmitir el valor y el sentido de la Monarquía. De particular interés es la imagen 'plástica' de estas composiciones, cambiantes en función de las diferentes coyunturas históricas que marcaban las etapas de la monarquía.

Concluyo recordando la imagen ya evocada del prisma, una figura geométrica policroma para ser observada desde ángulos y puntos de vista diferentes. Esta es la esencia del volumen, que representa una pieza original y virtuosa sobre un tema, el de las élites, que lejos de agotar su carga expresiva se muestra como un campo de discusión todavía vivo.